

CAPITULO I.

LOS ESTRANEROS EN MEXICO.

Durante los tres siglos de la dominacion española, la explotacion de las inagotables riquezas de este pais, fué privilegio esclusivo de los conquistadores.—Cuando México recobró por fin, despues de una larga y sangrienta lucha, su independenciam, tomando asiento entre las demas naciones soberanas, su primer paso fué, el de abrir anchamente las puertas de la República á la inmigracion europea, llamando é invitando á los estrangeros á que viniesen á gozar con los naturales de su hermoso clima, de su cielo siempre límpido y azul, de su vegetacion ecsuberante, de la prodigiosa fertilidad de su suelo, y de las ricas venas de metales preciosos que encierran sus montañas, á gozar, sobre todo, de una libertad amplia, y de una igualdad completa con los mismos habitantes del pais.

Acudieron á este llamamiento multitud de europeos, y se vieron recibidos por los mexicanos con franca hospitalidad, con verdadera simpatia, demostrando estos tanta modestia, que solo lo que venia de léjos, del estrangero, de la Europa, les parecia de algun valor.—Solo respecto á los españoles se hacia, como era natural,

en aquella época, una escepcion, pues todavía estaban demasiado frescos los recuerdos de los actos de opresion y crueldad que habian cometido en el pais.—El simple título de extranjeros equivalía entonces, y equivale aun hoy dia en muchas partes de la República, á un certificado de profundos conocimientos y de una instruccion vasta y sólida.

Los mexicanos todavía se parecen en algo á los antiguos aztecas, que creian ver en cada hombre que venia del otro lado del Atlántico, á un hijo del sol, á un ser superior.

Pero esta modestia, esta desconfianza que tenían los mexicanos en sus propias luces, debia traerles muy tristes consecuencias.

Los europeos que emigran de su pais, pueden dividirse en dos clases: unos se dirigen á lejanas regiones, con el único obgeto de ganar en ellas dinero; otros—y por desgracia no representan sino un guarismo comparativamente muy insignificante—buscan un campo mas vasto que el que les ofrece su pais natal, para egercitar sus fuerzas, sus facultades, sus talentos. En las sociedades europeas todo está tan poblado, tan arreglado, tan completamente organizado, que no hay lugar para distinguirse por medio de sus trabajos, ni de abrirse por sus propios esfuerzos un camino hácia un brillante porvenir; apénas hay aire que respirar. Como dice la leyenda alemana: “todo allí tiene dueño,” y el mismo Dios, para consolar al poeta que habia llegado tarde, y se encontraba escludido del reparto general, no pudo hacer por él otra cosa que ofrecerle su propio cielo para que viviera allí con él.— ¡Cuántos talentos, que en otros paises hubieran sido la gloria y dicha de una nacion entera, mueren en Europa desconocidos en una miserable bohardilla!

Desgraciadamente los extranjeros que pertenecen á la segunda categoría, no forman en México sino raras escepciones, y éstos, si se hacen leales y adictos amigos de su nueva patria; la mayor parte son de la primera clase. Avidos de oro, no les importa nada el pais de donde lo sacan. Riquezas quieren, para retirarse con ellas lo mas pronto posible á Europa, y disfrutar allí de todos los gozes que aquellas pueden proporcionar; pero no buscan una patria nueva, no han traído consigo á sus penates,

no piensan formar aquí nuevos hogares. Quieren esplotar el pais, como antes lo han hecho los españoles, y poco se cuidan en servirle, mucho menos en amarlo. Son aves de paso, y se consideran en la República como en un destierro, del cual tratan de huir tan luego como sus arcas estén llenas de dinero.

Muy incompletamente se ha realizado, pues, la esperanza de Zavala, quien escribió en el año de 1831: “Pocos son los extranjeros, que despues de haber hecho grandes ganancias permanezcan en el pais, y se enlacen con familias mexicanas. Parece que se miran en él como en tiendas de campaña, para levantarlas luego que hayan concluido sus asuntos. En este punto debe esperarse mucha mejora con el tiempo.”

Hasta las guerras civiles, tan funestas para los mexicanos, suelen convertirse para esa clase de extranjeros en medios de lucrarse, pues les proporcionan la oportunidad de esplotar sin remordimientos ni vergüenza la rica mina de las *reclamaciones*, cuyas fatales consecuencias las estamos palpando ahora mismo.

Además el concepto demasiado lisongero, y por esto erróneo, que tienen los mexicanos de los extranjeros, se ha convertido poco á poco en pretension injustificable y absurda de superioridad por parte de éstos últimos.

Segun el carácter de la nacion á que pertenecen, buscan diferentes fundamentos en que apoyarla.

Unos, acostumbrados á escribir siempre su YO con letra mayúscula, se creen de una raza privilegiada, porque su cútis es blanco en lugar de trigüeño, su pelo rubio en lugar de negro; otros se envanece, porque tienen á Paris por capital, aunque hayan nacido en la Auvernia, y á un Napoleon I en su historia, aunque nunca hayan manejado mas que el peine y las tigras; otros que por casualidad han nacido de padres protestantes, miran con alto desprecio al mexicano por ser católico, y se consideran muy despreocupados, porque Martin Lutero quiso suprimir á la Virgen, á los Santos, al Papa, y á cinco de los siete sacramentos—pero cuidado con quitarles los dos restantes!—y profundos filósofos, porque Kant y Hegel y Schelling escribieron obras sublimes, aunque nunca las hayan leído ni tampoco pudieran compren-

derlas; otros, en fin,—y estos son los peores—se tienen detrás de su mostrador, por infinitamente superiores á los hijos del país, porque sus padres lo conquistaron un día, y sin acordarse de que con posterioridad fueron vergonzosamente espulsados del mismo, todavía andan por México con paso de dominador, soñando encontrarse en “*su colonia*.”

Por regla general todos esos huéspedes quieren tratar á los amos de la casa como á sus criados; creen honrarlos mucho, si vienen á este país á hacerse en él ricos y poderosos; y es demasiado natural, que por estos motivos, la simpatía con que al principio fueron recibidos, se convierta poco á poco en indiferencia y hasta en aversion. Y esto deberá suceder en tanto mayor grado, cuanto mas rápidamente adelantan los mexicanos en la vía del progreso y de las reformas, y cuanto mejor saben calificar lo poco que vale esa mayoría de los europeos que vienen acá.

Puede ser que los emigrantes que se dirigen á los Estados- Unidos se compongan igualmente en gran parte de las clases menos ilustradas de las sociedades europeas, pero por lo menos no se presentan allí con ridículas pretensiones. Muy al contrario anhelan como alto honor el de llamarse “*United States Citizens*” y ántes de buscar posada, y sabiendo decir apénas “*yes*” y “*well*” corren á la oficina respectiva para inscribir su nombre en el registro de los aspirantes á la ciudadanía americana, porque saben, que el pabellon de las rayas y de las estrellas los cubre con su poderosa proteccion de uno á otro polo; mientras que México es débil ahora, y aunque estamos en pleno siglo XIX, respecto á individuos como á naciones solo la fuerza da el respeto.

Habiamos oido comparar las aguas del Oceano Atlántico con las aguas bautismales, en cuanto á que lavan y borran todos los pecados cometidos en el otro continente; pero ignorábamos, que tienen además de esta virtud, la de dar instruccion y conocimientos. Esto es, sin embargo, lo que creen muchos de los extranjeros que vienen á la República. Aunque no hayan visto del mundo mas que el pueblo donde nacieron, aunque apénas sepan leer y escribir, ó que á lo sumo hayan aprendido las cuatro reglas, aunque todo su capital consista en el escísguo precio de su pasa-

ge ó que hayan venido como un bulto de mercancías consignados á una casa de comercio: al llegar á las playas de Veracruz se trasforman por medio de una metamórfosis, tan maravillosa como inesplicable, en hombres de mundo, en hombres de ciencia, y muy pronto serán tambien hombres de pesos y de peso. Al escuchar su conversacion, cree uno encontrarse con profundos políticos, con hábiles estratégicos, con consumados financieros: con tan soberano desden critican todo cuanto se hace en esta desgraciada República, que sin duda alguna marcharia mucho mejor, si el gobierno quisiera seguir los ilustrados consejos de hombres tan eminentes!

Pero no solo en conversaciones critican y calumnian á un país al que deben todo cuanto son, cuanto saben y cuanto tienen, sino que su ingratitud llega al extremo de mandar á Europa cartas y artículos y descripciones, llenas de las mas absurdas acusaciones contra los mexicanos, y de informes tan inexactos como malévolos, de modo que no tiene nada de extraño el que muchas personas en Europa, se figuren, que todavía nos paseamos aquí con un delantal de plumas por único vestido. No nos conceden ni una sola virtud en cambio de todos los vicios con que les place adornarnos, y si mencionan la innegable belleza y riqueza de este país, no es sino con el objeto de lamentar el que tan rico y hermoso patrimonio, haya caido en herencia á una nacion tan indigna de poseerlo. No admiten ni una sola circunstancia que pueda atenuar nuestras faltas. No se les ocurre nunca abrir la historia para ver si otros pueblos en iguales situaciones, no han cometido tan grandes ó tal vez mayores crímenes que los mexicanos.

Constituyéndose en jueces incesorables, pronuncian un fallo sin apelacion; y este fallo es el que no valemos nada, que somos incapaces de gobernarnos, y que por este motivo la culta Europa tiene el imprescindible deber de borrarlos de la lista de las naciones independientes.

No vacilamos, pues, en asegurar que los falsos informes de gran parte de los extranjeros residentes en México, así como sus reclamaciones, á menudo completamente injustas y casi siempre ecesageradas, nos han traído la intervencion; y si no se consiguie-

ra hacer con las potencias invasoras un arreglo, sin menoscabo de la dignidad nacional, aunque satisfaciendo todas las pretensiones que sean justas y equitativas; si debiéramos tener guerra para rechazar la fuerza con la fuerza; si á pesar de las humanas y benévolas intenciones del Supremo Gobierno, y á pesar de la mansedumbre del carácter mexicano, esta misma guerra tragera consecuencias lamentables para esos hombres, á quienes la nacion ha calentado en su seno, y que en pago tratar de morderla y de matarla: de ellos seria la culpa. Ellos mismos habrian atraido sobre sus cabezas todas las desgracias que podrian sobrevenirles, y no tendrian derecho para quejarse.

Sin embargo, al hacer de muchos extrangeros residentes en la República un bosquejo tan poco favorable, pero desgraciadamente exacto, muy léjos ha estado de nuestro ánimo el querer demostrar la inconveniencia de la inmigracion europea. Al contrario, siempre hemos sido decididos defensores de la inmigracion, porque comprendemos, que para llevar al cabo la regeneracion que se está efectuando actualmente en el seno de nuestra trabajada sociedad, si bien es verdad que no necesitamos de que la *presidan impasibles* cinco comisarios de las potencias aliadas, al frente de doce mil hombres armados, necesitamos sí, que vengan una multitud de extrangeros pacíficos, trabajadores, de moralidad é ilustrados, para infiltrar en la nacion mexicana una nueva y vigorosa sávia de prosperidad y progreso.

Lo mismo mata la atrofia que la plétora: así un país puede perecer lo mismo por la falta que por el exceso de poblacion.

Que vengan, pues, extrangeros por millares y millones: la República es bastante vasta, y bastante rica, para mantener aun á un número cuatro veces mayor de habitantes del que ahora tiene; pero que no piensen en constituirse en esplotadores y despues en calumniadores; que no vengan, sobre todo, con el único obgeto de hacer aquí su fortuna, y regresar en seguida á su país natal, sino con el de establecerse entre nosotros para siempre y de hacerse ciudadanos mexicanos.

Bajo este respecto, son malas todas nuestras leyes que se han dado sobre colonizacion, porque no tratan de amalgamar el ele-

mento extrangero con el nacional. En nuestro concepto, el Supremo Gobierno debiera empeñarse: primero, en modificar todos los tratados internacionales, conforme á los términos del que últimamente ha sido celebrado con la Bélgica: "libertad de cultos como consecuencia de las Leyes de Reforma; *tratamiento nacional*;" y agregando, *la abolicion completa del llamado derecho de extrangeria*; segundo, en conceder toda clase de proteccion, franquicias y esenciones á los inmigrantes, pero con la espresa condicion, de que despues de haber residido en la República dos años sin interrupcion, saquen su carta de nacionalidad, escepto ciertos casos que la misma ley determinaria.

No pretendemos que los mexicanos tengan mas privilegios sobre los extrangeros que los que se refieren á sus derechos políticos, pero mucho menos que los extrangeros sean mas privilegiados que los mismos hijos del país. Que participen de nuestra fortuna, pero que lleven tambien iguales cargas.

Ojalá desaparezcan del todo esas odiosas distinciones entre mexicano y extrangero. Ojalá, así como el esclavo que pisa el suelo de la República, es libre, el extrangero al llegar á México se convierta desde luego en mexicano de corazón, y despues en mexicano de nacionalidad!

CAPITULO II.

CARGOS CONTRA MEXICO.

Ya conocemos la fuente bastante sospechosa é impura de que emana la mayor parte de los mentirosos informes que han engañado á la Europa, y traídonos la intervencion armada.